

Expectativas socio-culturales de los padres y medio socio-familiar^(*)

POR
PEDRO ORTEGA

Tradicionalmente se ha visto la escuela como una institución segregada del resto de las instituciones que componen el conjunto social. Y no pocas veces se han intentado, sin éxito, reformas de la escuela sin tener en cuenta el contexto real donde ésta está inserta.

Los numerosos estudios que se vienen produciendo sobre la educación escolar, debidos, sin duda, a una mayor sensibilidad social ante el grave problema de un elevado índice de fracasos escolares, ponen de

(*) Este trabajo es parte de una investigación más amplia dirigida por el doctor J. Escámez de la Sección de Pedagogía de la Universidad de Murcia, sobre la incidencia del medio sociocultural en el rendimiento escolar en alumnos de la Región de Murcia.

El objetivo fundamental de dicha investigación ha sido verificar si los niños de estratos sociales más favorecidos presentan mayores rendimientos académicos que aquellos pertenecientes a estratos sociales menos favorecidos.

El tamaño de la muestra, seleccionada al azar, fue de 575 padres (de ambos sexos) de alumnos(as) de centros estatales y no estatales.

Para la obtención de los datos se aplicó un cuestionario que constaba de tres partes: en la primera, se recogen datos referentes al sexo, edad, estado civil, número de hijos, categoría socioprofesional, nivel de estudios, número de habitantes de su localidad, etc.; en la segunda, se incluyen ítems referentes a la estructura de la familia, interacción afectiva, interacción lingüística, expectativas socioculturales de los padres, medios de la familia; y en la tercera, se obtienen los rendimientos alcanzados por sus hijos durante el curso anterior. La aplicación de estos cuestionarios se llevó a cabo de forma individual por personas especializadas en la entrevista, siendo la duración media de aplicación de cada uno de ellos de unos quince a veinte minutos.

manifiesto que éstos guardan estrecha correlación con las estructuras familiares, clima educativo y el nivel sociocultural de las familias a las que los niños pertenecen (1).

Asimismo, tales estudios ponen de relieve que la escuela es una organización formal que funciona en el contexto de un ambiente sociocultural más amplio, y que la educación, sea cual fuere el sentido en el que la entendamos, es un «factor social más», y como tal, está en íntima conexión estructural con el resto de los factores componentes del sistema social, y entre estos componentes sociales, singularmente con la familia. Ambas instituciones, escuela y familia, mutuamente se influyen; y ambas, en la práctica, se comportan como dos elementos interactuantes e interdependientes en el proceso educativo del niño (2). De hecho, la pertenencia a una determinada familia está presente en casi todas las fases del funcionamiento escolar. Aspectos concretos como: el éxito académico, el nivel de aspiraciones, la colaboración y diálogo con la escuela, etc., tienden a relacionarse positivamente con la pertenencia a una determinada familia (3).

Numerosos estudios demuestran la gran influencia de la familia en el desarrollo de los aspectos más salientes de la personalidad del niño, hasta el punto de señalar a aquella como el cauce primario y habitual por el que el poder conformador del ambiente puede llegar al hombre de manera a la vez temprana, motivante, persistente y personalizada, facilitando así la constitución de una personalidad que favorezca el desarrollo cognoscitivo y la liberación funcional de todas sus potencialidades (4).

El proceso de desarrollo del ser humano, como proceso de «personalización», es un proceso de comunicación interpersonal que tiene lugar fundamentalmente en los microgrupos sociales, y de un modo singular en la familia. Lo que en ésta acontezca, las estructuras o tipo de relaciones que en ella se establezcan van a ejercer una decisiva influencia en el desarrollo personal del niño. En la práctica, resulta difícil di-

(1) Cfr. M. GILLY, *El problema del rendimiento escolar*, Ed. Oikos-Tau, Barcelona, 1978, págs. 221-228.

(2) Cfr. P. ORTEGA, «Familia y escuela», en *Anales*, de la Universidad de Murcia, vol. 39 (3), 1982.

(3) Cfr. N. GROSS y W. J. GOODE, *Sociología de la educación y de la familia*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1977, pág. 31.

(4) Cfr. M. YELA, «Familia y nivel mental», en *Familia, diálogo recuperable*, obra en colaboración, Ed. Karpos, Madrid, 1976, págs. 379-380.

sociar el esquema de valores que orienta y dirige nuestra vida de adultos, de aquellos valores y esquemas de comportamiento que internalizamos en la infancia vivida en el seno de nuestra familia.

Una de las influencias más claras de la familia en el niño, habría que situarla en las «aspiraciones educativas» de éste, que no son otra cosa, en un elevado porcentaje, que el resultado de las expectativas educativas de los padres para aquél, distintas según el nivel socio-cultural de la familia, como ponen de manifiesto numerosos estudios al respecto (5), y que vienen a confirmarse con los resultados, que a continuación exponemos, de la investigación «Medio sociofamiliar y rendimiento escolar» que nos ocupa:

En efecto, a la luz de los presentes datos, se observa que el mayor porcentaje de familias que aspiran a una enseñanza o título universitario para sus hijos se sitúa en las profesiones liberales (58,33 %) y en los empresarios, directivos y alto personal de la industria o los servicios (64 %), inmediatamente seguido por los cuadros medios (técnicos, peritos, etc.) con un 46,15 por 100. Porcentajes que contrastan claramente con los obtenidos por las profesiones socialmente más bajas. Así los obreros no cualificados solamente aspiran a una enseñanza universitaria para sus hijos en un 11,11 por 100, y los pequeños propietarios agrícolas en un 17,85 por 100.

Por el contrario, si nos situamos en el nivel más bajo de las aspiraciones educativas de los padres para sus hijos dentro de nuestro sistema educativo, es decir, el Graduado Escolar, observamos que el porcentaje mayor se sitúa precisamente en los obreros no cualificados con un 25,77 por 100, seguido de los propietarios agrícolas (grandes o medianos) con un 22,22 por 100 y de los propietarios agrícolas pequeños con un 17,85 por 100. Análogos resultados obtenemos en cuanto a la Formación Profesional, como expectativa educativa de los padres para sus hijos.

Si atendemos a la opción «estudios medios» (magisterio, enfermería, peritaje, graduado social y similares) vemos cómo los cuadros medios, pequeños comerciantes, empleados y administrativos obtienen los porcentajes más elevados. Lo que, en principio, nos da una correspondencia entre categoría socio-profesional del padre o cabeza de familia y el

(5) Cfr. C. S. BREMECK, *La comunidad y la escuela*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1975, págs. 31-40.

nivel de aspiraciones educativas para los hijos, situándose el mayor nivel de aspiraciones educativas en las categorías sociales más elevadas (profesiones liberales, empresarios, directivos y alto personal de la industria y los servicios) y el nivel más bajo de aspiraciones en las categorías sociales más bajas (obreros no cualificados, propietarios agrícolas grandes, medianos y pequeños).

El nivel más bajo de éxito escolar, a la vista de los datos obtenidos, habría que esperarlo en los niños pertenecientes a las familias de las categorías sociales más bajas (obreros no cualificados) y de las familias del medio rural, si, como parece, se confirma la asociación entre el nivel de aspiraciones educativas de los padres y el rendimiento escolar de los hijos. Lo que se comprueba en otro lugar de esta investigación.

Los resultados que acabamos de exponer coinciden «sólo en parte» con los obtenidos en investigaciones análogas, en las que los resultados parecen indicar que los obreros, artesanos y pequeños comerciantes prefieren para sus hijos preparaciones de tipo técnico, especialmente de las escuelas de aprendices. Y que los funcionarios, sean del tipo que sean, el profesorado e incluso el personal subalterno de los centros de enseñanza, prefieren el bachillerato superior a los estudios técnicos (6). En cambio, sí parece haber mayor coincidencia en los datos respecto a los obreros no cualificados y especialmente a las familias del medio rural. Los hogares campesinos, más necesitados al mismo tiempo de los hijos y más afincados en sus tradiciones y problemas, son los menos interesados por la instrucción de sus hijos, o más exactamente, sus aspiraciones educativas son más limitadas. Cosa que no es de extrañar cuando se piensa en la desconexión o disociación existente entre escuela y medio rural. Con frecuencia, la escuela y la educación impartida en el medio rural responde más a una concepción urbana de escuela que a un modelo rural de la misma, quedando lejos su actual organización de las necesidades actuales y futuras de las familias campesinas (7).

Los resultados obtenidos en el cuadro anterior se ven plenamente confirmados si analizamos los datos referentes a las expectativas educativas según la clase social:

De los datos del presente cuadro se desprende que las expectativas educativas de las familias guardan un riguroso orden jerárquico en la

(6) Cfr. J. GARCÍA YAGÜE, *Condicionamientos ambientales de la personalidad*, Ed. Magisterio Español, Madrid, 1971, pág. 84.

(7) Cfr., *ibídem*, pág. 85.

escala social. Así la clase social alta aspira en un 66,6 por 100 al título de licenciado o doctor para sus hijos. Porcentaje que sólo alcanza el 12 por 100 en la clase social baja. En lugares intermedios, y según un orden descendente en la escala social, se sitúan la clase social media-alta con un 45 por 100, la media con un 33,7 por 100 y la media-baja con un 16 por 100.

Por el contrario, los porcentajes son de signo distinto, y también ordenados jerárquicamente según la clase social, si atendemos a las aspiraciones educativas más bajas de las familias. En efecto, el 27 por 100 de la clase social baja sólo aspira al Graduado Escolar para sus hijos mientras que este porcentaje es de 0,00 en la clase social alta. El resto de los porcentajes varía según la clase social, siendo mayores en las clases sociales media-baja (16,8 %) y media (6,4 %), frente al 4,7 por 100 de la media-alta.

Para las familias pertenecientes a la clase social alta y media-alta aspirar a la Universidad o estudios superiores para sus hijos, es algo «normal» o natural en absoluto. Lo anormal sería, más bien, la renuncia a hacerlo. Por el contrario, para las clases inferiores, la Universidad es, en principio, imaginada como un objeto inaccesible, o cuando más, sólo posible en el caso de individuos evidentemente superdotados. Es decir, que las expectativas educativas se hallan en función de las posibilidades sociales (8).

Un dato que queremos poner de relieve es que la totalidad de las familias de la clase social alta encuestadas tienen claras las aspiraciones o expectativas educativas para sus hijos. Por el contrario, el 13,5 por 100 de las familias de la clase baja «no sabe por ahora» qué niveles educativos esperan para sus hijos.

Como puede observarse, las familias, a medida que ascienden en la escala social, tienen más claras las perspectivas o proyectos educativos para sus hijos, planifican más el futuro de éstos. Lo que no es aventurado afirmar que se traducirá en unas actitudes, disposiciones, ambiente, ayudas y estímulos que influirán poderosamente en el rendimiento escolar de sus hijos. Las familias de la clase social alta presentan, a este respecto, un ambiente educativo más estructurado, más definido. Y el tener los objetivos claros en la educación influye decisivamente en la utilización de los medios y en la organización de los mismos.

(8) Cfr. P. BOURDIEU y J. C. PASSERON, *Los estudiantes y la cultura*, Ed. Labor, Buenos Aires, 1973. Prólogo de J. L. ARANGUREN, 3.ª ed.

En este sentido, los niños de la clase social alta encuentran una «continuidad» y coherencia entre el ambiente, trabajo y objetivos de su familia y la escuela. La colaboración entre ambas instituciones educativas se facilita y gana en eficacia.

Esta diferencia en las aspiraciones educativas de los padres según la clase social se debería fundamentalmente, según Kohn, a distintas concepciones de la vida, a cuadros distintos de valores que moldean la vida humana en las distintas clases sociales, como consecuencia de las diferencias en sus condiciones materiales de vida (9). Para Kohn en tres sentidos, al menos, las ocupaciones de la clase media-alta difieren de las de la clase baja u obrera:

1.—Las ocupaciones de la clase media se conectan más con la manipulación de relaciones, ideas y símbolos interpersonales, mientras que las ocupaciones de la clase obrera-baja se conectan más con la manipulación de cosas.

2.—Las ocupaciones de la clase media-alta están más sujetas a la autodirección, mientras que las ocupaciones de la clase obrera-baja están más sujetas a la estandarización y la supervisión directa.

3.—El ascenso en las ocupaciones de la clase media-alta depende más de las acciones y esfuerzo personales, mientras que en las ocupaciones de la clase obrera-baja depende más de la acción colectiva, sobre todo en las industrias sindicalizadas (10).

Los resultados obtenidos en nuestro estudio coinciden con los obtenidos por Pallister y Wilson en su investigación: *Parents' attitudes to education* (1970), sobre una muestra de 77 madres de distintos niveles socioeconómicos. En la misma se constató que había «diferencias significativas» al comparar las madres de la clase alta con las de la clase baja en cuanto a información relativa a la estructura interna del sistema educativo, expectativas educativas y ocupacionales sobre los hijos, y funcionalidad de los estudios de los mismos. Estas diferencias fueron siempre a favor de las madres de la clase social alta. Sólo apuntamos dos conclusiones fundamentales de dicha investigación:

(9) Cfr. M. L. KOHN, «La clase social y las relaciones padre-hijo», en *Sociología de la educación*, Selección de textos, de M. Anderson, F.C.E., México, 1980, pág. 297.

(10) Cfr. ibídem, págs. 303-304.

(11) Cfr. R. PALLISTER and J. WILSON, «Parents' attitudes to education», en *Education Research*, 13, I, nov. 1970.

1.—Las expectativas de las madres de la clase media y alta sobre sus hijos fueron casi siempre superiores a las de las madres de la clase social trabajadora.

2.—Aun suponiendo que la inteligencia se distribuye aleatoriamente entre la población, la presencia o ausencia de un factor motivacional favorecedor del rendimiento tiene que condicionar los resultados del aprendizaje escolar (11).

A análoga conclusión llega Asbury en su investigación: *Over and Underachievement* (1974). En la misma se confirma que las diferencias de expectativas educativas sobre los hijos, están asociadas a las diferencias socioeconómicas de las familias, siendo las clases más desfavorecidas las de más bajo nivel de aspiraciones (12).

A este respecto Douglas J. W. B., en su investigación *The Home and the School* (1969), nos aporta unos datos bastante clarificadores:

	<i>Clases medias</i>		<i>Clases trabaj.</i>	
	Sup.	Inf.	Sup.	Inf.
— Padres que desean que sus hijos vayan a la «grammar School»	73	73	58	49
— Padres que desean que su hijo haga estudios prolongados (13)	78	41	22	13

Y en idéntico sentido se expresa Brembeck cuando afirma que las aspiraciones educativas están en función de la clase social, correspondiendo las aspiraciones educativas más elevadas a las familias de más elevado nivel social (14).

«Las familias, escribe García Yagüe, escogen los estudios de los hijos con arreglo a determinados ideales personales y del grupo. Se puede decir sin miedo a equivocarse que a partir de un determinado momento los chicos son símbolo de la potencia y de las preocupaciones del hogar. Cuando los padres piensan en el destino de sus hijos lo hacen presionados por todas sus satisfacciones y frustraciones, sean éstas actuales o pasadas... Todo ello contribuye a concretizar sus esperanzas o automatizar la conducta en las decisiones que tienen que tomar para las generaciones que les siguen... El resultado es que hasta períodos avanzados de adolescencia el niño se ve influido en múltiples ocasiones,

(12) Cfr. C. A. ASBURY, «Selected factors influencing over and underachievement in young school-age children», in *Review of Educational Research*, 1974, Fall, vol. 44, núm. 4, págs. 409-428.

(13) Cfr. J. W. B. DUGLAS, *The Home and the School* MacGibbon, London, 1969.

(14) Cfr. C. S. BREMBECK, *La comunidad y la escuela*, ob. cit., págs. 31-36.

directas unas, inconscientes otras, por esta imagen parental de la vida profesional y se identifica con ella o sufre las consecuencias» (15).

Quizá resulte más interesante analizar los resultados obtenidos sobre las aspiraciones educativas de los padres para sus hijos y el nivel de estudios de aquéllos. Se supone que un mayor nivel de estudios en la familia influirá en unas aspiraciones educativas más elevadas en los hijos. Lo que también queda ampliamente confirmado por los resultados obtenidos, como puede verse en el cuadro siguiente:

En efecto, el 62,7 por 100 de las familias con estudios superiores aspiran al título de licenciado o doctor para sus hijos, porcentaje sensiblemente más alto que los de las familias con estudios medios (47,8 %) y de Bachiller Superior-C. O. U. (45,4 %). Si se observa el cuadro adjunto, el nivel de aspiraciones educativas de las familias respecto de sus hijos guarda una estrecha correlación con el nivel de estudios de los padres. Sólo un 14,4 por 100 de las familias sin estudios aspira al título de licenciado o doctor para sus hijos.

Por el contrario, si nos fijamos en el nivel más bajo de aspiraciones educativas (Graduado Escolar), podemos observar que el 21,5 por 100 de las familias sin estudios aspiran a dicho nivel para sus hijos, frente al 0,00 en las familias de estudios superiores.

Es de observar el escaso interés, en general, que la Formación Profesional despierta, como aspiración educativa aun en las familias de más bajo nivel de estudios. Estas optan claramente por el Bachiller y Graduado Escolar como aspiración máxima posible para sus hijos, en unos porcentajes del 20,4 por 100 y 21,5 por 100, respectivamente. La Formación Profesional como aspiración educativa sólo alcanza el 7,7 por 100 en las familias sin estudios y el 8,3 por 100 en las de estudios primarios.

Estos resultados vienen a coincidir con los obtenidos en la investigación: *Formación Profesional y recursos humanos en la provincia de Murcia* (1978), dirigida por A. Viñao. En cuanto al nivel de aspiraciones, tanto de los padres como de los hijos, los porcentajes entre el B. U. P., F. P. y la incorporación al trabajo al término del 8.º de E. G. B. se distribuyen de la siguiente manera: Para el B. U. P. el 76 por 100, F. P. el 18 por 100 y la incorporación al trabajo el 8 por 100, en las zonas urbana y semiurbana. En la zona rural dichos porcentajes oscilan

(15) J. GARCÍA YAGÜE, *Condicionamientos ambientales de la personalidad*, ob. cit., págs. 85-86.

entre el 58 y 63 por 100 para el B. U. P., el 21 y 34 por 100 para F. P. y el 8 y 9 por 100 para la incorporación al trabajo (16).

Se constata, en general, una fuerte tendencia en las familias a aspirar a metas educativas para sus hijos superiores a los niveles que ellos consiguieron. Los porcentajes más elevados se registran en las familias de estudios superiores. Quizá este hecho haya de interpretarse en el sentido de que las familias, en general, juzgan la cultura como un factor importante de movilidad social o de ascensión en la escala social.

Bandura y Walters (1974) señalan, a este respecto, que hay datos suficientes para afirmar que los niveles altos de logro tienden a transmitirse de generación en generación. Los niños cuyos padres dedican tiempo a participar con sus hijos en actividades de tipo intelectual, renunciando a su tiempo libre, transmiten a éstos el interés y el gusto por dichas actividades (17). En este sentido es lógico que los hijos de las familias de más alto nivel de estudios aspiren a niveles de estudios análogos a los conseguidos por sus padres, y frecuentemente a análogas o idénticas profesiones. Numerosas investigaciones aportan datos concluyentes sobre la influencia del nivel de instrucción de los padres en las aspiraciones educativas de los hijos. Torsten Husen nos resume algunas de ellas: Härnqvist y Grahn (1963) demuestran que la decisión que adoptan los alumnos de seguir sus estudios en la escuela secundaria del segundo ciclo (en Suecia) está estrechamente ligada al nivel de instrucción de sus padres, estableciéndose una correlación del 0,43 para varones entre nivel de instrucción del padre y el paso a la escuela secundaria y del 0,50 para hembras; por su parte la correlación entre nivel de instrucción de la madre y paso a la secundaria fue del 0,43 y 0,40, respectivamente (18).

Más aún, Fraser llegó a mostrar la existencia de una alta correlación entre nivel de instrucción de una parte y Q. I. y calificaciones escolares de otra, estableciéndose una correlación del 0,42 para el Q. I. y del 0,49 para las calificaciones escolares (19). Osborn M. en un estudio sobre aspiraciones educativas y nivel de instrucción de los padres, concluye

(16) Cfr. A. VIÑAO, *Formación profesional y recursos humanos en la provincia de Murcia*, I.C.E. de la Universidad de Murcia, 1978, págs. 122-147.

(17) Cfr. A. BANDURA y R. WALTERS, *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*, Trillas, México, 1974, págs. 170-193.

(18) Cfr. T. HUSEN, *Origen social y educación*, O.C.D.E., Madrid, 1973, págs. 130-1.

(19) Cfr. E. FRASER, *Home Environment and the School*, University of London Press, London, 1969.

que los estudiantes tienden a lograr y tener aspiraciones, actitudes y expectativas consistentes y adecuadas con el nivel de instrucción de los padres (20). A análogas conclusiones llega Finlayson D. en su estudio: «Parental Aspirations and the Educational Achievement of Children» (21).

Hasta aquí hemos visto la estrecha correlación existente entre nivel de aspiraciones educativas de las familias, clase social, categoría socio-profesional y nivel de estudios de las mismas. Correlación que no ha constituido sorpresa alguna para nosotros. Al contrario, ha venido a confirmar, aquí en la región murciana, los datos obtenidos en investigaciones análogas realizadas en otros lugares.

Como conclusión de lo anteriormente expuesto, creemos que podría quedar sintetizado en los siguientes términos:

1.—Se da una asociación entre el nivel de estudios de las familias y las expectativas educativas de éstas respecto de sus hijos, correspondiendo el mayor nivel de aspiraciones educativas a las familias de mayor nivel de estudios.

2.—Las expectativas educativas de las familias guardan un riguroso orden jerárquico en la escala social. Las clases sociales altas tienen expectativas educativas más elevadas que las clases media y baja sobre sus hijos.

3.—Se observa una clara correspondencia entre nivel de aspiraciones educativas de las familias sobre sus hijos y la categoría socioprofesional a que pertenecen, correspondiendo el mayor nivel de aspiraciones educativas a las categorías socioprofesionales liberales, directivos, empresarios y alto personal de la industria o los servicios.

4.—Se observa una clara depreciación de la Formación Profesional como expectativa educativa, siendo el B. U. P. y Graduado Escolar ampliamente preferido por los padres como meta educativa para sus hijos.

5.—Se constata una fuerte tendencia en las familias a aspirar a metas educativas para sus hijos, superiores a los niveles que ellos consiguieron.

6.—Los resultados obtenidos a este respecto coinciden con las conclusiones a que se ha llegado en investigaciones análogas realizadas en otros lugares.

(20) Cfr. M. E. OSBORN, «The Impact of Differing Parental Educational Level on the Educational Achievement, Attitude, Aspiration and Expectation of the Child», *Journal of Education Research*, 65, 4, Dec., 1971, págs. 163-167.

(21) Cfr. D. FINLAYSON, «Parental Aspirations and the Educational Achievement of Children», *Educational Research*, 14, 1, nov. 1971, págs. 61-64.

Pero, ¿qué esperan o buscan las familias con los estudios de sus hijos? ¿Para qué sirven estos estudios? Iniciamos con estos interrogantes la segunda parte de este capítulo sobre las aspiraciones educativas de los padres sobre sus hijos.

Las distintas respuestas a los ítems del cuestionario están en función de la categoría socioprofesional, nivel de estudios y clase social de las familias encuestadas. Hemos de advertir, sin embargo, que las respuestas están dadas a un cuestionario de elección múltiple, pero de respuesta cerrada; es decir, las familias se ven «obligadas» a contestar entre las respuestas ofrecidas. Hacemos esta observación porque, quizás, las familias de más alto nivel de estudios, clase social y categoría socioprofesional más elevada, se hayan visto «obligadas», en cierto modo, a responder en un «determinado sentido» al no encontrar en los ítems formulados las opciones suficientes que satisficieran las expectativas educativas sobre sus hijos. De no tener en cuenta estas observaciones, los datos obtenidos en esta investigación podrían resultar del todo «sorprendentes», contrarios a los resultados obtenidos en investigaciones análogas realizadas en otros lugares, e incluso aquí mismo en la región de Murcia. Después de la lectura de los datos obtenidos en las distintas variables en estudio, daremos nuestra interpretación de los mismos.

Examinamos en primer lugar la asociación existente entre categoría socioprofesional y las expectativas educativas de las familias sobre sus hijos, referidas a la «funcionalidad» de los estudios realizados por éstos.

A la vista del presente cuadro, se deduce que las familias de las categorías socioprofesionales más altas mayoritariamente esperan de los estudios de sus hijos la posibilidad de «una salida en la vida». Así el 53,3 por 100 de las profesiones liberales, el 42 por 100 de los empresarios, directivos, alto personal de la industria o los servicios y el 37,5 por 100 de los cuadros medios.

Por el contrario, son las categorías socioprofesionales más bajas las que aspiran para sus hijos a «una mejor formación que la que ellos tuvieron». En este sentido se pronuncia el 26,6 por 100 de los obreros no cualificados; el 33,6 por 100 de los trabajadores por cuenta propia; el 28,7 por 100 de los pequeños comerciantes y el 28,5 por 100 de los propietarios agrícolas grandes o medianos.

No se han presentado porcentajes altos, al menos en la medida por nosotros esperada, en el sentido de que las familias esperasen de los estudios de sus hijos una «mejor profesión» que la que ellos tuvieron.

Los porcentajes obtenidos, como puede verse en el cuadro adjunto, son sensiblemente más bajos que los de las opciones antes indicadas, si exceptuamos a los pequeños agricultores que se pronuncian en un 21 por 100 por una mejor profesión que la suya para sus hijos. Lo que habría de interpretarse en el sentido de que las familias, mayoritariamente, tienden a transmitir a sus hijos la profesión de los padres; o que los estudios realizados por los hijos no conllevan necesariamente una profesión distinta de la de los padres, como salida real o posible de los mismos. Lo que puede aparecer claro en las familias más modestas cuyas aspiraciones educativas para sus hijos se sitúan, en general, en unos niveles tan bajos que difícilmente harán posible un cambio cualitativo de profesión para sus hijos.

En cuanto a la opción «ganar dinero y vivir bien», como finalidad de los estudios de los hijos, son las familias de agricultores las que presentan porcentajes más elevados. Así el 19 y el 25,5 por 100 de los agricultores grandes o medianos y pequeños, respectivamente, opinan en tal sentido. Porcentajes que, a nuestro juicio, están plenamente justificados dadas las condiciones de vida del medio rural y la escasa rentabilidad económica de los productos agrícolas.

Por lo que a la opción «nivel de vida más alto que el de usted» se refiere, como aspiración de los padres respecto a los estudios de sus hijos, son las categorías socioprofesionales más altas, junto con los pequeños empresarios y comerciantes los que presentan porcentajes más elevados. Así el 17,5 por 100 de los empresarios directivos y alto personal de la industria o los servicios; el 20 por 100 de la profesión liberal, y el 19 por 100 de los pequeños comerciantes y empresarios se pronuncian en tal sentido. Las demás categorías socioprofesionales de familias presentan porcentajes sensiblemente más bajos, como puede observarse en el cuadro adjunto.

Hasta aquí hemos visto la asociación existente entre categoría socioprofesional de las familias y la funcionalidad de los estudios de los hijos. Asociación que se confirma si analizamos estos resultados a la luz de los datos obtenidos en la variable independiente «clase social» y funcionalidad de los estudios, como puede verse en el cuadro siguiente:

En efecto, son las clases sociales alta con un 28,5 por 100, media-alta con un 35 por 100 y clase media con un 31,7 por 100 las que en un mayor porcentaje aspiran a «una salida en la vida» con los estudios de sus hijos, al igual que en el cuadro anterior, las familias pertenecientes

a las profesiones liberales, cuadros medios y empresarios, directivos y alto personal de la industria o los servicios. El resto de las clases sociales (baja y media-baja) presentan porcentajes notablemente más bajos, 24,4 y 25,2 por 100, respectivamente.

Respecto a la opción: «para que tengan una formación que usted no tuvo», como finalidad de los estudios de los hijos, son las clases sociales baja, media-baja y media las que presentan porcentajes más elevados.

De igual modo son las clases sociales más bajas las que esperan, en mayor proporción, de los estudios de sus hijos la posibilidad de una «mejor profesión» que la que ellos tuvieron. En este sentido se pronuncia el 20,9 por 100 de la clase social baja y el 17,9 por 100 de la media-baja. El resto de las clases sociales presentan porcentajes sensiblemente más bajos, como puede observarse en el cuadro adjunto.

En cambio, los porcentajes en cuanto a la opción «para que tengan un nivel de vida más alto que el de usted», son relativamente homogéneos en todas las clases sociales, como se ve en el cuadro citado, destacando los porcentajes de las clases media-baja (15,4%), media (14,8%) y media-alta (15 %).

Por último, en cuanto a la opción «ganar dinero y vivir bien» como finalidad de los estudios de los hijos, los porcentajes son también relativamente homogéneos en todas las clases sociales, registrándose una ligera tendencia por dicha opción en la clase social bajo con un 14,6 por 100. La clase social alta presenta el mismo porcentaje a este respecto (14,2 %), pero consideramos que el $N=3$ de sujetos encuestados de dicha clase alta es excesivamente reducido para atribuirle un valor estadístico a dicho porcentaje.

Quizás puedan ser más interesantes los resultados obtenidos en la variable independiente «nivel de estudios de los padres» y la finalidad de los estudios de los hijos, que a continuación exponemos:

De los datos del presente cuadro se desprende que las familias de más bajo nivel de estudios esperan para sus hijos «una mejor formación que la que ellos tuvieron», como finalidad de los estudios realizados por éstos, en unos porcentajes superiores al resto de las familias, en sus distintos niveles de estudios. En efecto, el 28 y 30 por 100 de las familias sin estudios y estudios primarios, respectivamente, se pronuncia en tal sentido. Por el contrario, las familias de estudios superiores y medios lo hacen en un 12 y 16 por 100, respectivamente.

Son, en cambio, las familias de más bajo nivel de estudios las que menos subrayan la opción «para una salida en la vida», como finalidad de los estudios de los hijos. Sólo lo hace el 23 y 28,7 por 100 de las familias sin estudios y estudios primarios, respectivamente; mientras que se pronuncian en tal sentido el 41, 37, 50 y 41,6 por 100 de las familias de estudios superiores, medios, Bachiller Superior y Bachiller Elemental, respectivamente.

Son también las familias de más bajo nivel de estudios las que más subrayan la posibilidad de «una mejor profesión» para sus hijos como finalidad de los estudios de los mismos. Así el 19,4 y el 16 por 100 de las familias sin estudios y estudios primarios, respectivamente, opina en tal sentido. Sólo las familias de estudios medios obtienen análogo porcentaje (16 %); el resto de las familias según niveles de estudios obtienen porcentajes más bajos.

Es de observar, asimismo, cómo las familias que ocupan lugares intermedios en la escala del nivel de estudios presentan porcentajes más altos en cuanto a la opción «nivel de vida más alto que el que ellos tuvieron», como finalidad de los estudios de los hijos. Así el 18,7 y 21,4 por 100 de las familias de Bachiller Elemental y Bachiller Superior, respectivamente, se pronuncian en tal sentido; mientras que sólo el 13 por 100 de las familias sin estudios, estudios primarios y superiores opina de tal modo. Las familias de estudios medios lo hacen en un 16 por 100.

Por último, respecto a la opción «ganar dinero y vivir bien», como finalidad de los estudios de los hijos, los porcentajes son bastante homogéneos en todos los niveles de estudios, si exceptuamos a las familias con estudios de Bachiller Superior, cuyo porcentaje es de 0,00 y a las de estudios primarios con un 8,3 por 100. El resto de los porcentajes oscila entre el 13 y 10 por 100, como puede verse en el cuadro adjunto de los estudios de sus hijos la posibilidad de «una salida en la vida» y «una mejor formación que la que ellos tuvieron». Las opciones «ganar

De un análisis de conjunto de los datos del cuadro anterior, se desprende que las familias, mayoritariamente, señalan como finalidades de los estudios de sus hijos la posibilidad de «una salida en la vida» y «una mejor formación que la que ellos tuvieron». Las opciones «ganar dinero y vivir bien» y «una mejor profesión que la de los padres» como finalidades de los estudios de los hijos obtienen, en general, porcentajes sensiblemente más bajos que las anteriores opciones.

Hasta aquí hemos hecho una «lectura» sencilla de los datos aportados en la investigación, en cuanto a las finalidades de los padres respecto a los estudios de los hijos. A primera vista, de los datos aportados podría deducirse, con toda lógica, que son las clases sociales más bajas, de más bajo nivel de estudios y categorías socioprofesionales más modestas, las que tienen expectativas más «formativas o positivas» respecto de los estudios de sus hijos, si como tales entendemos las opciones «tener una formación que usted no tuvo» y «una mejor profesión que la que usted tuvo», en las que dichas clases sociales, niveles de estudios y categorías socioprofesionales más bajas presentan porcentajes notablemente más altos. En cambio, estos porcentajes son de signo contrario en la opción: «para tener una salida en la vida», como finalidad de los estudios de los hijos. Las clases sociales alta, media-alta y media presentan porcentajes sensiblemente más elevados, como hemos podido observar anteriormente.

¿Quiere esto decir que las clases sociales más bajas, de más bajo nivel de estudios y de categorías socioprofesionales más modestas tienen unas expectativas educativas más «formativas o positivas» para sus hijos que las clases alta y media? ¿Hay que entender estos datos en el sentido de que las clases sociales alta y media o niveles de estudios medios y superiores son más «pragmáticos o utilitaristas» en cuanto a las expectativas educativas de sus hijos que la clase social baja y las familias de niveles de estudios inferiores? No creo que de estos datos se desprendan «necesariamente» dichas conclusiones. Y este juicio intentamos justificarlo sin violentar ni distorsionar los datos obtenidos:

1.—Es perfectamente lógico que sean las familias de las clases sociales más bajas, niveles de estudios inferiores y categorías socioprofesionales modestas las que aspiren a una «mejor profesión» para sus hijos que la que ellos tuvieron.

2.—Igualmente parece lógico admitir que las familias de las clases sociales más bajas, niveles de estudios inferiores y categorías socioprofesionales modestas aspiren a «una formación para sus hijos que ellos no tuvieron», como finalidad de los estudios.

3.—Las respuestas de las clases sociales altas, niveles de estudios superiores y categorías socioprofesionales elevadas, pueden entenderse en el sentido de que se sientan contentas, tanto de la formación recibida o alcanzada por ellos, como de la profesión elegida. Es perfectamente lógico también que las familias pretendan transmitir a sus hijos la mis-

ma formación, nivel de cultura y profesión que ellos tuvieron, sobre todo cuando éstas son elevadas. Las investigaciones a este respecto lo confirman ampliamente. Al contrario, las familias de bajo nivel de cultura aspirarán para sus hijos a un nivel más alto de estudios. Igualmente en cuanto a la profesión. Esto explicaría, a nuestro juicio, las diferencias de porcentajes en cuanto a las opciones antes indicadas referidas a las finalidades de los estudios de los hijos.

4.—Lo que *sí* se desprende, con toda claridad, de los datos aportados es que las familias de categoría socioprofesional modesta, bajo nivel social y estudios primarios o nivel de cultura bajo, aspiran preferentemente a una profesión mejor y una formación mejor para sus hijos que la que ellos tuvieron, como finalidad de los estudios. Lo que parece normal, por otra parte.

5.—No creemos que la opción «para que tengan una salida en la vida» como expectativa educativa, cuyos porcentajes son claramente favorables a las familias de mayor nivel de estudios, clase social alta y categorías socioprofesionales más elevadas, haya de interpretarse necesariamente en un sentido pragmatista o utilitarista. Más bien dicha opción la consideramos en sí misma neutra.

6.—En cuanto a la opción «para que tengan un nivel de vida más alto que usted», como finalidad educativa, que podría indicarnos las expectativas utilitaristas o negativas de las familias respecto de los estudios de sus hijos, los porcentajes obtenidos no nos permiten atribuir a una determinada clase social, nivel de estudios o categoría socioprofesional una preferencia estadísticamente significativa por tal opción.

7.—Por último en cuanto a la opción «para ganar dinero y vivir bien», de significado claramente utilitarista-negativo, como expectativa educativa, los porcentajes obtenidos referidos a la variable clase social se inclinan claramente en favor de las clases sociales baja y media-baja, ya que el porcentaje 14,2 por 100, correspondiente a un $N=3$ de la clase alta, no tiene peso estadístico alguno en una muestra de 576 sujetos. Y son precisamente las categorías socioprofesionales más altas: profesiones liberales, cuadros medios y personal directivo y empresarios y comerciantes los que presentan porcentajes más bajos a este respecto. Por el contrario, las familias del medio rural ofrecen los porcentajes más elevados junto con los obreros no cualificados.

Y respecto a la variable «nivel de estudios» son las familias sin estudios las que más acentúan esta finalidad o expectativa utilitarista en

un 13,3 por 100 de un N=269, frente al 10,3 por 100 de las familias de estudios superiores.

De todo lo cual creemos poder concluir:

a) Las familias de más bajo nivel de estudios, clase social y categorías socioprofesionales más modestas se inclinan preferentemente por una profesión mejor y mayor formación para sus hijos que la que ellos tuvieron como expectativas educativas.

b) De los datos aportados no se desprende que las familias de más alto nivel de estudios, categorías socioprofesionales y clase social más elevadas se inclinen preferentemente por aquellas expectativas que podríamos considerar como utilitaristas o negativas en los estudios de sus hijos.

c) De los datos aportados se desprende que son las familias de más bajo nivel de estudios, clase social y categorías socioprofesionales más modestas las que más subrayan los aspectos utilitaristas o negativos en las expectativas educativas de éstas sobre sus hijos.

La interpretación de los datos que damos aquí coincide con los resultados obtenidos en la investigación «Análisis empírico de las relaciones entre familia y escuela en el proceso educativo del niño» realizada por nosotros en el período de tiempo 1978-1981, sobre una muestra de 970 familias con hijos en la E. G. B. estatal, en la región murciana. En dicha investigación llegamos a las siguientes conclusiones a este respecto que, por clarificar cuanto anteriormente hemos expuesto, transcribimos de un modo sucinto:

1.—Las expectativas de las familias en la educación escolar de sus hijos se definen claramente por los aspectos formativo-valorativos de la personalidad. Los otros aspectos utilitaristas-pragmáticos de la educación escolar, aun estando presentes, ocupan, sin embargo, un segundo lugar en las preferencias de las familias.

2.—Las familias de mayor nivel socioeconómico y de estudios acentúan más las expectativas formativo-valorativas que las familias de más bajo nivel de estudios o nivel socioeconómico.

3.—Las familias pertenecientes al medio rural acentúan más los aspectos utilitaristas de la educación que las familias pertenecientes al medio urbano.

4.—Existe una correspondencia (correlación) significativa al 5 por 100 entre nivel social, nivel de estudios y tipo de población (urbana y rural) y expectativas educativas de los padres, siendo las familias pertenecien-

tes a categorías sociales más altas, mayor nivel de estudios y población urbana las que más acentúan los aspectos formativo-valorativos de la educación (22).

Estos resultados coinciden con los obtenidos por Lynch y Pimlott en el sentido de que las familias, mayoritariamente, se inclinan por los aspectos formativo-valorativos como expectativas educativas. En su estudio «Parents and Teachers», el 74 por 100 de los padres no inmigrantes encuestados opina que uno de los objetivos de la educación es «ayudar al niño a ser feliz», y el 66 por 100 de los mismos opina que es «preparar al niño para una formación total». Las diferencias con los padres inmigrantes son sensibles: el 50 y 35 por 100, respectivamente; lo que podría interpretarse, a nuestro juicio, en el sentido de que las familias no inmigrantes, supuestamente de más elevada categoría social acentúan más los aspectos formativo-valorativos que las familias inmigrantes (en su mayoría de las colonias inglesas) supuestamente de más baja categoría social (23).

A las mismas conclusiones llegan, en cuanto a expectativas generales de la familia en los estudios de los hijos, Macario-Sarti en su investigación *Scuola e famiglia* (1971) (24).

Hemos visto hasta aquí las aspiraciones o expectativas de las familias sobre sus hijos y la fuerte influencia que en las mismas ejerce el distinto nivel de estudios, clase social y categoría socioprofesional de las familias. Lo que viene a indicarnos que el niño que recibimos en la escuela lleva consigo todo un «equipaje» que va a utilizar como instrumento de aprendizaje y unas motivaciones y aspiraciones educativas que influirán poderosamente en su proceso de realización personal. La escuela, y todo lo que en ella acontece, es inseparable del contexto que la rodea. Hasta ahora se han centrado todos los esfuerzos, de un modo prioritario, en resolver los problemas escolares desde «dentro» de la escuela con evidente escaso éxito. Creemos que uno de los graves y urgentes problemas que nuestra escuela debe afrontar es el rendimiento de los alumnos. Pero ha de hacerse desde una perspectiva que englobe

(22) Cfr. P. ORTEGA, «Análisis empírico de las relaciones entre familia y escuela en el proceso educativo del niño», tesis doctoral inédita, 1982, Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, Universidad de Murcia.

(23) Cfr. J. LYNCH y J. PIMLOTT, *Padres y profesores*, Anaya, Madrid, 1979, pág. 187.

(24) Cfr. L. MACARIO y S. SARTI, *Scuola e famiglia*, Verlag-Zürich, 1971, pág. 56.

todos los factores que intervienen en el proceso de educación del niño, en todo su proceso de aprendizaje.

La familia juega un papel decisivo en la manera cómo el niño ve el mundo, cómo proyecta su vida, cómo realiza su existencia en los valores. Habrá que partir de la familia, de su realidad sociocultural para, desde esa realidad, ayudar al niño en el proceso de su realización personal.